

A close-up portrait of a woman wearing an ornate masquerade mask. The mask is primarily dark brown with gold and purple accents, featuring a snake-like pattern on the forehead and a large feather on the left side. She has blue eyes and red lips. The background is a warm, textured brown with faint, glowing particles.

Silvia  
García  
Ruiz

*Jugando  
con una  
serpiente*

Snake, más conocido como «el Serpiente», es el hombre más temido de los suburbios londinenses. Tras sufrir un accidente en la nave en que viajaba, pierde la memoria. Cuando abre los ojos, ve ante él a una hermosa pelirroja que le hará desear comenzar una nueva vida a su lado. Pero a Panacea Sanders parece perseguirla el peligro y, mientras él la protege, poco a poco recordará su vida anterior, cuando era el Serpiente. Que saque o no sus dientes para salvaguardarla solo dependerá de lo mucho que lo provoquen los maleantes de Londres.

¿Qué ocurrirá cuando el temido gobernante de los suburbios recupere su memoria: volverá a su oscuro mundo o preferirá quedarse al lado de la mujer de la que se ha enamorado?

¿Qué hará Pan cuando conozca el lado más oscuro de Snake: se atreverá a seguir jugando con él o huirá del infame personaje al que todos temen en Londres?

## Índice de contenido

Cubierta

Jugando con una serpiente

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Sobre la autora

## Capítulo 1

### *Suburbios de Londres, 1803*

–¡No puedo creer que ese mocoso aún esté vivo! –gritaba Hal, uno de los rufianes de los barrios bajos de Londres para quien los niños de la calle solo eran una herramienta para enriquecerse.

–Por lo menos, su hermano es rápido y aprende a matar con facilidad, pero ¿para qué nos sirve él y su cara bonita? –preguntó Hugh, otro de los andrajosos tipos que miraban al mugriento niño, que, cansado, hambriento y lleno de golpes de su última aventura, se había derrumbado en el suelo del viejo almacén que esos tipos usaban como escondite en sus distintos trapicheos.

–Si no sabe robar y no puede matar, tal vez con ese bonito rostro nos sirva para otra cosa... –declaró maliciosamente Hal, alzando el rostro del niño de bonitos cabellos rubios, consiguiendo con ello que unos airados ojos azules se clavaran en él y que el chiquillo, al que todos creían rendido, sacara unas últimas fuerzas de su cansado cuerpo para morder la mano que se atrevía a tocarlo—. ¡Mierda de mocoso! ¡Me ha mordido! –exclamó Hal con indignación mientras apartaba de una sonora bofetada al rapaz que había reclamado su sangre con un mordisco.

–Ya sabes que no puedes hacerle daño, o de lo contrario el jefe tendrá problemas a la hora de controlar al Cuchillas.

—Su hermano sí nos sirve: ha aprendido a matar como todo un asesino, pero este bribonzuelo es un completo inútil. No veo por qué motivo nuestro jefe no se deshace de él.

—Yo tampoco lo sé. Parece como si estuviera esperando algo de este mocoso. Ni siquiera se ha dignado darle un nombre como a los demás chiquillos que están a su cargo.

—Sí, pero a los demás ya nos ha quedado claro cómo se llama este crío, ¿verdad, Inútil? —declaró Hal entre carcajadas, recibiendo a cambio una fría mirada llena de furia que el niño, a pesar de su precaria situación, todavía se permitía exhibir—. ¡No me gusta cómo me miras, mocoso! —gritó Hal sin saber por qué lo incomodaba tanto esa molesta mirada, al tiempo que levantaba al andrajoso niño del suelo, agarrándolo por el cuello de la camisa.

El pequeño no habló ni emitió queja alguna.

Simplemente se limitó a seguir mirando desafiante a ese sujeto, quitándole el poder que este ejercía sobre él gracias a sus amenazas al mirarlo sin miedo o al no retroceder frente a él. Cuando el chiquillo sonrió con ironía a su inútil intento de intimidación, Hal sintió un inexplicable acceso de miedo ante esa sonrisa e intentó ocultar rápidamente su debilidad con los puños.

—¡Insolente mocoso! —gritó levantando la mano para borrar del rostro de ese niño esa sonrisa que tanto lo molestaba.

Hasta que su mano fue detenida por una serena y dulce voz que todos temían más que ninguna otra cosa, ya que sabían cómo se las gastaba el frío hombre que gobernaba los suburbios de Londres.

—¿Qué te he dicho acerca de maltratar mi mercancía? ¿Es que acaso quieres perder esa mano, Hal? —preguntó un individuo vestido con unas elegantes ropas negras al que todos llamaban «el Cuervo», y a cuyos despiadados ojos no pasaba desapercibida ninguna de las malas accio-

nes de ese lugar, tanto las que él mandaba llevar a cabo como las que otros hacían sin su permiso.

Hal tembló de puro miedo y se apresuró a soltar al muchacho y a ocultar esa mano que no sabía si perdería ese día, porque las acciones del Cuervo siempre eran impredecibles para los que desobedecían su mandato: en un momento te estaba sonriendo y al siguiente había atravesado tu corazón con su cuchillo.

Por fortuna para Hal, la mirada retadora que ese mocosito aún mantenía hacia ellos, observándolos como si fueran basura, molestó tanto al Cuervo como lo había hecho con ellos. Y, dejando a un lado su castigo, el rey de los suburbios dirigió sus pasos hacia el insultante niño que, sin poder alguno, aún osaba desafiarlo.

—¿Dónde está mi dinero? —exigió el Cuervo al mugriento crío de apenas diez años. Y este, por toda respuesta, le dirigió una sonrisa irónica mientras se alzaba de hombros y le mostraba sus manos vacías—. Si no eres de utilidad para el trabajo de las calles, en donde lo único que tienes que hacer es arrebatarles la bolsa a los incautos, tendré que utilizarte de otra manera... —advirtió señalándolo con su bastón negro, en cuya empuñadura siempre llevaba la amenazante cabeza de un cuervo, recordándole así a todo el mundo cuál era su nombre y el poder que tenía en ese lugar, en donde él los manejaba a todos bajo sus firmes alas.

—Así pues, dime, pequeño infeliz, ¿en qué tipo de trabajo podría utilizarte? ¿Tal vez en alguna fábrica mugrienta donde los niños mueren a decenas cada semana? ¿O quizá podría reservarte para el disfrute de algún vicioso noble al que puedas entretener con tu bonito rostro...? —intentó amenazar el Cuervo. Pero el mocosito, ante sus palabras y al contrario que sus hombres, no retrocedió—. ¡Contéstame! ¡Sé que puedes hablar: te he oído murmurar junto a tu hermano en más de una ocasión! —lo increpó airadamente el Cuervo, perdiendo la poca paciencia que

tenía para luego volver a serenarse, intentando ocultar el monstruo que era detrás de una encantadora máscara que podía engañar a quienes no lo conocieran, pues siempre habría algún incauto en esas calles que se dejaría engañar por su siempre impecable presencia y amistoso rostro.

»Sé que no eres idiota, pero lo pareces cada vez que me provocas a mí o a mis hombres. No sé por qué te niegas a hablar desde que os recogí a tu hermano y a ti, sacándoos de las frías calles y dándoos un hogar –continuó el Cuervo, fingiendo ser el alma caritativa que nunca sería, consiguiendo que el niño tan solo sonriera irónicamente ante esas palabras en las que ahora ya no creía, pero en las que una vez confió.

–¡Ahí está otra vez esa sonrisa impertinente que tanto me molesta y esa mirada audaz con la que te atreves a desafiarme! Esos rebeldes actos tuyos son los que me motivan a permitir que mis hombres te aleccionen. Y si sobrevives a sus lecciones en esta ocasión, tal vez te ganes un nombre. Si no..., bueno, simplemente morirás a causa de un desgraciado accidente que excusaremos ante tu hermano. Después de todo, quiero seguir utilizando los fabulosos talentos para la muerte que tiene el Cuchillas, de los que un niño bonito como tú carece... Hal, Hugh... Es todo vuestro –sentenció el Cuervo, despreocupándose de la airada mirada que lo perseguía reclamando su sangre y sin inquietarse demasiado por ella, ya que, después de ese día, no volvería a ver más a ese impertinente niño. O eso era lo que él creía...



El Cuervo había ordenado a sus secuaces que le dieran una lección a ese mocoso lejos de la ciudad, en un lugar desde donde los rumores no pudieran llegarle a su hermano. Y, así, esos dos vengativos sujetos habían llevado al

niño sin nombre hasta las afueras, en donde habían oído que se encontraba instalado un viejo campamento gitano.

Con sus coloridos carromatos agrupados en torno a una enorme fogata, este mostraba una bulliciosa multitud llena de vida y alegría que cantaba y bailaba con júbilo, pero pronto la presencia de los compinches del Cuervo acabó con sus risas y apagó sus canciones.

Ese generoso pueblo nómada viajaba por todo el mundo aceptando entre ellos a cualquiera que quisiera acompañarlos, consiguiendo unos espectáculos muy entretenidos y exóticos con los que se ganaban unas monedas, entre los que destacaban una voluptuosa mujer de rasgos orientales que danzaba con cuchillos o un extraño hombre procedente de la lejana India que hacía bailar a una peligrosa serpiente al son de una humilde flauta.

A los gitanos nunca les habían gustado los escandalosos tipos de la ciudad que, cuando iban a visitarlos, llamaban demasiado la atención sobre su campamento y en ocasiones provocaban que los nobles los miraran con reprobación y pensaran dos veces si permitirles acampar en sus tierras. Pero como dejaban buenas propinas, y como conocían la temible reputación de los hombres del Cuervo, todos en el campamento guardaron silencio e intentaron no atraer la atención sobre sus mujeres o sobre los más débiles del clan, que podían verse avasallados por esos granujas.

Cuando los secuaces del Cuervo acudían a su campamento, las bocas de ese pacífico pueblo siempre se mantenían en silencio, dejándoles hacer lo que les diera la gana, pero en esa ocasión no pudieron evitar protestar al ver cómo dos hombres intimidaban a un niño de apenas diez años que, a pesar de su maltrecho aspecto, permanecía con la cabeza bien alta ante sus maltratadores.

—Pero ¿qué le estáis haciendo? ¡Si tan solo es un niño!  
—gritaron con indignación algunas de las mujeres, siendo retenidas por los hombres para evitar que corrieran en au-

xilio de ese pequeño, pues esa bondadosa acción únicamente atraería la ira del Cuervo hacia ellos.

–¡Mejor meteos en vuestros asuntos si no queréis ocupar su lugar! ¡El Cuervo nos ha dado permiso para aleccionar a este mocoso, y eso estamos haciendo! –gritó Hal, arrancando la botella de vino de las manos de uno de los hombres del campamento, que ante esos conocidos matones de los suburbios de Londres no pudo hacer otra cosa más que agachar la cabeza mientras apretaba con furia los puños.

–Veamos si después de esto sigue negándose a hablar... –apuntó Hugh burlonamente, arrojándolo a un pozo.

Los gritos aterrados de las mujeres silenciaron el del niño, que en esta ocasión no pudo guardar silencio.

–No os preocupéis, no es profundo y hace años que está seco. Lo más que le ha podido pasar a ese mocoso es un dolor de trasero. Eso sí: no podrá salir de ahí salvo que use una cuerda. Ahora comprobaremos si la oscuridad y el miedo doblegan el rebelde carácter y la fiera mirada de ese mierdecilla. Y si no aprende la lección, nos desharemos de él.

Los hombres del campamento, sintiéndose impotentes, intentaron apartar del pobre niño la atención de esos despreciables sujetos que lo habían convertido en el blanco de su crueldad para que, mientras esos canallas bebían junto a la hoguera y charlaban animadamente con ellos, las mujeres pudieran deslizar con disimulo algunos restos de la cena hacia el fondo del pozo. Los leves tirones de impaciencia que el niño daba a la cuerda en sus intentos por alcanzar su comida eran toda la prueba que tenían de que continuaba con vida, pues no se veía nada en la negrura del pozo.



Un rato más tarde, en mitad de la noche, la bebida y el entretenimiento ya no eran diversión suficiente para esos tipos, y al no oír ningún grito procedente del pozo, los dos rufianes se percataron de que no habían logrado doblegar el espíritu del chiquillo.

–Me pregunto si ese mocoso chillará si le arrojamos algo aterrador... –musitó cruelmente Hal mientras fijaba los ojos en uno de los espectáculos del campamento gitano, en el que un extraño hombre con un punto rojo sobre la frente y un turbante en la cabeza tocaba una rara flauta para hacer bailar a una aterradora serpiente.

–¡Cuidado! Este animal es extremadamente peligroso: una sola mordedura puede llevarte a la muerte –previno el hombre, deteniendo la melodiosa música de su flauta, con lo que la serpiente por poco no mordió la osada mano del insolente que se atrevía a acercarse a ella. Luego, para calmarla, prosiguió con su canción hasta que volvió a meterse en su cesta, no sin antes dedicar una desdeñosa mirada al hombre, que no le gustaba, y hacerle una última advertencia al enseñarle los afilados colmillos que tenía en sus fauces, repletos de un mortífero veneno.

Tras cerrar la cesta, el hindú se apresuró a alejarse con su peligrosa amiga hacia un lugar lo suficientemente apartado de esos sujetos y de su crueldad, pero sus viejas manos no fueron lo bastante rápidas y uno de ellos le arrebató la canasta para arrojarla de inmediato al pozo.

Sabiendo lo peligroso que era ese animal, todos los miembros del campamento lloraron en silencio por el terrible destino de ese pequeño al que no habían podido ayudar por miedo. Las mujeres dejaron que sus lágrimas se derramaran abiertamente por sus rostros a la vez que rezaban por el alma de ese niño, mientras que los hombres apretaban sus puños, furiosos consigo mismos por no hacer nada y con esos dos malnacidos que habían sido tan crueles con un simple niño únicamente porque su mirada los molestaba.

–Hasta los condenados tenían derecho a defenderse cuando los arrojaban ante las bestias –proclamó el hindú Ranjit en voz alta mientras negaba con la cabeza, apenado por la vida que se había desperdiciado.

–¡Oh! ¿Es que no estáis contentos con nuestro castigo? Está bien, que no se diga que no somos misericordiosos: arrojémosle algo a ese mocoso con lo que pueda defenderse... –se burló Hal. Y, arrebatándole la flauta a Ranjit de sus viejas manos, la lanzó a la oscuridad del pozo.

–¡Ahí tienes tu arma para defenderte de la bestia, mocoso! –gritó Hugh, uniéndose a las burlas de su amigo.

Ranjit no era especialmente valiente, pero aun así, ante las despiadadas burlas de esos dos despreciables sujetos, no pudo evitar emitir su opinión en voz alta para borrar sus complacidas sonrisas.

–Y a pesar de su cruel castigo, no he oído ni un solo grito ni una sola palabra salir de la boca de ese chiquillo.

El silencio se hizo en medio del campamento, y cuando los furiosos ojos de los secuaces del Cuervo posaron sus miradas en el viejo Ranjit para convertirlo en el nuevo blanco de su ira, como si ese niño hubiera estado esperando el momento oportuno para llamar la atención de sus torturadores, la música de una melodiosa flauta comenzó a sonar burlándose de ellos con su insolencia, haciéndoles saber que él todavía estaba en pie y usaba las armas que le habían entregado en son de broma para devolverles la burla a esos despiadados tipos que únicamente querían su muerte.

–Muy bien. Veamos cuánto dura esa melodía... –repuso Hal burlón, alejándose del pozo junto a su amigo, creyendo que el joven tan solo había pospuesto ligeramente el momento de su muerte, que no tardaría en llegar.



–¿Tres días?! ¡¿Me estáis diciendo que ese mocoso lleva tres días en ese pozo, tocando una puñetera flauta, y que no os atrevéis a bajar porque lo habéis encerrado con una maldita serpiente venenosa?! –gritó el Cuervo, muy descontento, a sus secuaces.

–En el campamento nos han dicho que ese bicho es extremadamente peligroso, y cada vez que le arrojamus la cuerda al niño para subirlo, él tira de ella con todas sus fuerzas... Tememos caer junto a él y ese mal bicho.

–Os encargo una tarea muy simple: darle una lección a un niño..., ¡¿y me venís con esto?! Es más que evidente que si ese chiquillo ha sobrevivido, esa serpiente no es tan venenosa como todos dicen. Por esta vez voy a ir con vosotros para sacar al maldito crío del pozo..., aunque aún no tengo claro si no debería arrojaros a vosotros a él –manifestó el Cuervo ofuscado, apresurándose a seguir a sus hombres hasta el campamento gitano para no retrasar por más tiempo la lección que debía recibir ese chiquillo.

Cuando el Cuervo llegó junto al pozo, los gitanos, que siempre habían temido su presencia, huyeron nuevamente de él. Pero en esta ocasión al Cuervo no le pasaron desapercibidos los gestos que varios de esos hombres intentaban ocultar frente a él: unas complacidas sonrisas asomaban a sus rostros, apreciando en secreto el valeroso desafío que un simple niño estaba planteándole al señor de los barrios bajos de Londres.

–¡Tú, baja a por él! –gritó el Cuervo con furia, señalando a Hugh para que se atara una cuerda en torno a la cintura, y, tras asegurarla enrollándola alrededor de un árbol cercano, el rufián descendió por el resbaladizo pozo con dificultad.

Cuando oyeron que Hugh llegaba hasta el fondo, la música de la flauta cesó. Y al contrario que el silencioso chiquillo, el hombre gritó, lleno de dolor y agonía, dejando claro a los presentes que la víbora que había favorecido al pequeño había reclamado la vida del maleante.

—¡Escúchame bien, mocoso! ¡Si no sales de ese pozo voy a matar a todas las personas del campamento! ¡Y si pese a ello todavía sigues empeinado en continuar ocultándote en ese agujero, recuerda que tengo la vida de tu hermano en mis manos!

Unos momentos después, por toda respuesta, la cuerda se tensó y el niño comenzó a escalar el pozo hacia su libertad.

Una vez que llegó arriba, Hal cogió airadamente la mano del niño con la que se agarraba al borde del pozo. Su impaciencia por vengarse de ese chiquillo lo llevó a olvidar la peligrosa presencia que el pequeño mantenía junto a él: para asombro de todos, el niño no mantenía a la serpiente encerrada en su cesta, sino que la llevaba enrollada en un brazo, y el reptil, sin consentir que nadie se acercara a su pequeño protegido, mordió la mano del furioso individuo, lo que le provocó la muerte.

Tras la caída de Hal, el niño salió por su propio pie del pozo con la serpiente aún enrollada en torno a su brazo. Ranjit, tras ver la imperturbable presencia de ese chiquillo y sus fríos ojos azules, tan desafiantes como los de una serpiente, solo fue capaz de realizar una profunda reverencia al tiempo que murmuraba algo en un extraño idioma. Posteriormente, Ranjit repitió sus palabras en el idioma común para que todos lo entendieran:

—Naga... El dios serpiente...

Ranjit creía que ese niño era uno de los nagas, dioses serpiente hindúes que adoptaban forma humana y que su pueblo veneraba. Y entonces el pequeño, sonriendo maliciosamente a su enemigo, habló por primera vez para declarar ante todos:

—Me llamo Snake.

El Cuervo, viendo todo lo que un simple chiquillo le había arrebatado ese día, se preguntó si el día de mañana le arrebataría mucho más. Y por primera vez en su vida, sintió miedo de otro ser humano y no se atrevió a matar a

ese mocoso al que algunos en ese campamento habían comenzado a alabar como a un dios.

–Veamos si me sirves de algo a partir de ahora o si únicamente tu hermano es el que tiene algo que ofrecer –dijo despectivamente el Cuervo, recordándole la amenaza que siempre pendería sobre su cabeza y la de su hermano, haciéndolos bailar a su son mientras permanecieran separados.

Snake volvió a meter a la serpiente en su cesto y se la devolvió a su dueño junto a la flauta que le habían arrojado como una broma, sin que sus verdugos pudieran siquiera sospechar que sería su salvación. Luego siguió los pasos del Cuervo de vuelta a su guarida, pero al amo de los suburbios no se le olvidó en ningún momento que, a partir de ese instante, sus pasos siempre serían seguidos por los de una serpiente que solamente buscaba el momento oportuno para morderlo.

### *Siete años después*

Con el paso de los años, Snake había aprendido que la ciudad de Londres se dividía en tres grandes territorios, y que en cada uno de ellos había peligrosas serpientes. Algunas de estas víboras se disfrazaban bajo el dinero, la posición social, el título o el nacimiento, pretendiendo ser más que los demás, pero para él solamente eran vulgares serpientes.

En la City, que pertenecía al casco antiguo de Londres, un gran número de calles estrechas, mal alineadas y mal edificadas se entrecruzaban de cualquier manera, abarrotadas de casas a orillas del Támesis. La mayoría de quienes vivían en esta zona eran comerciantes. Puede que algunos de ellos fueran honrados, pero Snake solo conocía a los más despreciables, capaces de negociar con las personas como si fueran mercancías.